

Padre Emmanuel André Las dos Ciudades (II)

4º Principio constitutivo de las dos Ciudades.

San Agustín, que ya nos dio una primera definición de la ciudad, nos da otra más breve pero idéntica: «*Civitas, concors hominum multitudo*»: una ciudad es una multitud concorde de hombres, esto es, una reunión de hombres que tienen el corazón unido, o, lo que es lo mismo, que tienen en su corazón un mismo amor; ya que los hombres se unen o desunen en razón de lo que aman. Así, pues, si hay dos ciudades es porque hay dos amores:

«Dos amores –dice– hicieron dos ciudades: el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad terrenal; y el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí mismo, hizo la ciudad celestial» (LA CIUDAD DE DIOS, libro XIV, capítulo 28).

«De estos dos amores –sigue explicando–, uno es santo, el otro impuro; uno unificador, el otro separador; uno quiere el bien de todos en vista de la sociedad celestial, el otro arrebató el bien de todos y lo sometió al propio poder de orgullo y dominación; uno se sujeta a Dios, el otro está envidioso de Dios; uno es tranquilo, el otro turbulento; uno es pacífico, el otro sedicioso; uno ama la verdad más que las alabanzas de los disertantes, el otro ansía alabanzas, vengan de donde vengan; el uno desea al prójimo el mismo bien que a sí mismo, el otro desea sojuzgar al prójimo; uno gobierna a los hombres por el bien del prójimo, el otro por su propio beneficio. Estos dos amores, que ya se hallaron en los ángeles, uno en los buenos y el otro en los impíos, han formado las dos ciudades entre los hombres» (DE GENESIAD LITTERAM, libro XI, capítulo 15).

La naturaleza viciada por el pecado engendra a los ciudadanos de la ciudad terrenal, mientras que los de la ciudad celestial nacen de la gracia que libera a la naturaleza del pecado. En la ciudad terrena, los hombres no tienen fin más que la tierra y su amor propio; en la ciudad celestial, todo tiene como fin a Dios solo, y en Él la felicidad eterna.

5º Formación de las dos Ciudades.

Dios es el fundador de la Ciudad santa. Esta ciudad existe porque Él la ha querido; tiene lo que Dios le ha dado, sólo quiere lo que Dios ha querido prometerle, y sólo anhela ver a su Creador para compartir su felicidad.

«Dios la fundó sobre los santos montes», es decir, la comenzó en el cielo con los ángeles. Luego la prolongó en la tierra con el hombre. Pero el hombre, en la tierra, está llamado a ser ciudadano de la ciudad celestial: «*Nuestra ciudadanía está en los cielos*», dice San Pablo (Fil. 3 20). Si recordamos la definición de ciudad: *Concors multitudo*, tanto el hombre como el ángel, estando llamados a amar juntos a su Creador, y a amarse unos a otros, forman una sola sociedad, una sola Ciudad, de la que Dios no es sólo el Creador, sino también el Legislador supremo y el Rey soberano.

Pero, así como entre los ángeles hubo deserciones y caídas, también hubo entre los hombres una caída original y muchas deserciones, aun después de la promesa formal del Redentor. Tanto los ángeles prevaricadores como los hombres caídos perdieron el amor casto de su Creador, y al hallarse unidos por una cierta semejanza de no-amor a Dios y de amor a sí mismos, pasaron a formar la Ciudad del mal. Satanás fue su primer autor en el cielo, y Caín continuó su obra en la tierra. No esperando ya recuperar el cielo, y dejando de aspirar por la Ciudad celestial, Caín, antes de bajar al infierno, quiso edificarse una ciudad en la tierra: «*El construyó una ciudad*» (Gen. 4 17). Su hermano Abel no había edificado ninguna; pertenecía a aquella fundada por el mismo Dios. Lo mismo sucedió con Adán y Eva, y con aquellos de sus hijos que se mantuvieron fieles a Dios, según lo enseña San Pablo:

«Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia, y salió sin saber a dónde iba. Por la fe, peregrinó por la Tierra Prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de las mismas promesas, pues esperaba la ciudad asentada sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios... En la fe murieron todos ellos, sin haber conseguido el objeto de las promesas, viéndolas y saludándolas desde lejos y confesándose extraños y forasteros sobre la tierra. Los que tal dicen, claramente dan a entender que van en busca de una patria; pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella. Más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad» (Heb. 11 9-10; 13-16).

La Escritura y la tradición llaman a estas dos ciudades **Babilonia**, que significa *confusión*, y **Jerusalén**, que significa *visión de paz*. La Jerusalén mística comenzó con Abel, y la Babilonia mística con Caín.

6º Comparación entre estas dos Ciudades.

La Ciudad celestial es obra de Dios, y se debe a un santo y buen acto del Creador, que, al traer a la existencia a las criaturas razonables, las llamó a la gracia y a la gloria, para formar con ellas su ciudad propia. En esta Ciudad, todo es bueno en cuanto viene de Dios, todo es bueno en cuanto tiende a Dios, y todo es dichoso en cuanto permanece para siempre unido a Dios.

La Ciudad del mundo, en cambio, es obra de la criatura que se separa de Dios por la desobediencia, que vive sin Dios con el pretexto de una falsa libertad, y que

termina finalmente en una irremediable desgracia en el infierno, donde los pobres condenados tendrán hambre y sed de Dios, pero ya no podrán llegar nunca a El.

La Ciudad de Dios es Jerusalén, es la *visión de la paz*: en ella las almas gozan siempre de paz interior, aunque raras veces de paz exterior, por las rudas guerras que deben sostener casi continuamente. La Ciudad de Dios atraviesa el tiempo para llegar a la eternidad; su corazón está fijo en Dios, que no pasa ni fenece; por eso los males presentes son incapaces de privarla de su paz interior.

La Ciudad del mundo es Babilonia, es la *confusión*: nunca tiene paz interior, y muy raramente paz exterior; por eso las Escrituras la comparan al mar: «*Los impíos son como un mar tempestuoso que no se calma, y cuyas olas arrojan lodo y espuma: pues no hay paz para los impíos, dice el Señor*» (Is. 57 20-21). La Ciudad del mundo, habiendo perdido la esperanza de la eternidad, quisiera fijarse en el tiempo, pero el paso del tiempo le quita diariamente los objetos de sus engañosos placeres; y por eso no tiene paz.

Las dos Ciudades se confunden ahora y están aparentemente mezcladas: el hijo de Jerusalén se codea con los hijos de Babilonia; pueden vivir juntos bajo el mismo techo, vivir en la misma mesa, comer el mismo pan, pero no tienen en el corazón el mismo amor. Y este es, como hemos dicho, el principio de la distinción de las Ciudades en el presente, así como será la causa de su separación en la eternidad.

7º Moral y costumbres de la Ciudad del mundo.

Las costumbres son fruto del amor. Tal amor, tales costumbres. Ahora bien, el amor que reina en la Ciudad del mundo es el amor de sí mismo mal entendido, que se fabrica su propio fin, su ley, su razón de ser, lo cual es la negación de Dios. Así es como se explica el ateísmo moderno.

El amor propio, así establecido como ley suprema, no puede, sin embargo, encontrar en sí mismo su propia satisfacción. Sólo Dios se basta a Sí mismo. Y las criaturas que quieren imitar a Dios en esta sublime prerrogativa pronto se ven obligadas a reconocer su indigencia. «*En la casa de mi Padre –decía el hijo pródigo–, hasta los mercenarios tienen pan en abundancia, mientras que yo me muero de hambre en esta tierra*» (Lc. 15 17).

Entonces, careciendo de todo, la criatura mira a su alrededor o debajo de sí, y va mendigando, aquí y allá, tan pronto la gloria como las posesiones terrenales y los placeres; y así el amor propio, forzado a salir de sí mismo, se manifiesta por una de las tres concupiscencias, y busca atraer hacia sí algo con que satisfacer la propia necesidad de amar, de gozar y de poseer: necesidad invencible pero insaciable.

Toda la moral de la Ciudad del mundo proviene de esta fuente fatal del amor propio, fuente que se divide en tres brazos, y se extiende por todos lados, paseando su indigencia y mendigando satisfacciones, y esto siempre en vano, porque las satisfacciones faltan y la indigencia queda.

Esta es una de las características de la Ciudad del mundo: quiere gozar en el presente, y por el amor de este goce en el presente, sacrifica toda esperanza para el futuro.

San Agustín llega a decir que, en la Ciudad de Dios, la carne se ve purificada por el corazón: «*Per cor caro mundatur*» (LA CIUDAD DE DIOS, libro X, capítulo 35). Pero en la Ciudad del mundo, en la que el corazón se entrega al amor propio, él mismo se mancha, y no tarda en contaminar la carne a la debería haber salvado.

Por eso, en la Ciudad del mal, no se quiere la santidad del matrimonio: se ama las uniones libres, es decir, la libertad del desorden. En el mismo matrimonio, no se quiere los frutos del matrimonio. En estas condiciones, la mujer queda sin dignidad, la vida sin honor y sin dicha, y la muerte sin esperanza, y no queda, como dice san Pablo, sino «*la terrible expectativa del juicio y el fuego que devorará a los enemigos de Dios*» (Heb. 10 27).

8º Moral y costumbres de la Ciudad de Dios.

Si la Ciudad del mundo ama a su modo, la Ciudad de Dios ama al modo de Dios. En ella toda la ley se resume en la caridad, esto es, en el amor a Dios y al prójimo. Amar a Dios y buscar la felicidad en El es lo que regula en nosotros todo el *hombre interior*; amar al prójimo y desearle que sea con nosotros bienaventurado en Dios, es lo que regula todo el *hombre exterior*; y así, estando todo bien ordenado respecto de Dios, todo se halla bien ordenado respecto de los hombres.

Por eso mismo, la Ciudad de Dios profesa, ante todo, el respeto a Dios, este respeto que se llama adoración; y, por consiguiente, profesa el respeto al prójimo, que es la obra de Dios y al cual debemos amar por Dios.

De aquí procede toda la moral cristiana que, al mismo tiempo que asegura la felicidad eterna de los hombres, les proporciona aquí abajo la mayor suma posible de paz y de dicha; de modo que, si toda la humanidad estuviera unida en el culto de Dios y en la práctica de su ley, veríamos disminuir, en proporciones incalculables, los males que nos afligen en esta vida, y la tierra podría convertirse, como antes el paraíso terrenal, en el vestíbulo del cielo.

Si la Ciudad de Dios fuese libre aquí abajo, y pudiera desplegar a sus anchas todos los recursos de caridad que Dios inspira al corazón de sus hijos, sería maravilloso ver cuánto sufrimiento desaparecería, cuán consolados se verían los pobres, cuánto se facilitaría el trabajo, y cuánto más feliz sería la vida presente de lo que la vemos ahora.

Pero la Ciudad de Dios no es libre aquí abajo: tiene la libertad interior de amar, pero no tiene la libertad exterior para hacer que su amor produzca todos los frutos que le gustaría dar: y por ello sufre, reza y pide a Dios la liberación y la libertad, la verdadera libertad.